

GUIA DEL ALMA ESPIRITUAL

ADVERTENCIA ACERCA DE ESTA EDICIÓN

El presente opúsculo de Ludovico Blosio, Abad benedictino (1506-1566), que ofrecemos gustosamente al público piadoso, es la primera producción del fecundo ingenio de aquel célebre autor ascético, hoy por desgracia tan ignorado en los países donde se habla la lengua de Cervantes.

Compúsole Blosio poco tiempo después de ser elevado a la dignidad abacial, y ver cuán lastimosamente, merced a varias causas, largas de explicar, se habían introducido costumbres bastantes relajadas, en las casas religiosas de su época lo mismo que en su monasterio. Lleno de celo para reformar las costumbres de sus súbditos y poner en vigor los preceptos de la Regla, mostróse él mismo exactísimo observante de cuanto ella mandaba, siendo el modelo de sus religiosos en la puntualidad a asistir a todos los ejercicios conventuales, y en permanecer en su monasterio compartiendo con ellos los trabajos y privaciones de la vida monástica. ¡Tan íntimamente convencido estaba de que el cargo tan elevado que ejercía de Abad, no se le había dado para pasar la vida en la inacción y en los placeres, sino para trabajar resueltamente en procurar el provecho espiritual y la salvación eterna de sus religiosos!

Al ejemplo continuo de su vida edificante, juntó también las instrucciones acerca de los deberes de su estado, a cuyo efecto escribió en latín, sin que lo supiesen los monjes, y bajo el nombre

de *Dacriano*, “El Espejo del religioso”¹, del cual, impreso en 1538, mandó se leyera en Liesse todos los días un trozo de capítulo; costumbre que observó en adelante aquella comunidad, y que fué asimismo adoptada en la Congregación de Valladolid. De esta suerte, con el ejemplo, las enseñanzas sólidas sobre las obligaciones de la vida religiosa, y con el poder de su oración fervorosa, consiguió Blosio hacer de su comunidad una de las más ejemplares de su tiempo.

Hemos dicho que el venerable Abad hizo que se leyera en comunidad el opúsculo de que nos ocupamos, y en verdad, tardóse poco en ver los frutos que produjo en las almas la lectura de este libro “preciosísimo”, como le llama el sabio y no menos piadoso benedictino P. Steyrer; libro -dice- “que conviene no sólo a los religiosos, sino también a cuantos seglares se ocupan seriamente en su salvación”.

“Mucho se equivocarían, dice su autor célebre², aquellos que, juzgando sólo por el título de “Espejo de los religiosos”, creyesen que únicamente conviene a aquellas personas para las cuales fué escrito principalmente. No existe ningún cristiano, y de cualquiera estado que sea que no pueda leerle y meditarle con fruto. Todos los preceptos de la vida espiritual, cuantos consejos pueden llevar a las almas a la perfección se encuentran reunidos en este librito, y nos atrevemos a decirlo, presentados con un encanto, muy propio para hacer que se saboreen, y sin mezcla de la aridez escolástica, que con frecuencia desluzca a los mejores libros de esta clase. No conocemos libro ninguno, sin exceptuar la *Imitación de Cristo*, tan superior desde otros puntos de vista, que reúna, en grado igual al de este libro, la suavidad, ternura y vivacidad de sentimientos con tal sencillez de expresión. Se echa de ver, se nota por doquiera que el autor está profundamente penetrado de las verdades que predica y que su boca esta *instruída por su corazón, y éste derrama la gracia en sus labios*”³

¹ El título que más le cuadra es “Guía espiritual”

² LAMENNAIS, Préface du traducteur, Edit. 1809.

³ Prov., XVI, 23

Tal es el libro que miran todos como la obra principal de Ludovico, escrito con sencillez, elegancia y unción; libro que compendia por modo maravilloso la doctrina ascética, y que se ha traducido en los principales idiomas del mundo, y al nuestro lo trasladó el P. Gregorio de Alfaro, Abad, publicándolo entre las demás obras de Blossio en el in folio que salió de Sevilla el año 1597.

Esta traducción es la que hoy reimprimimos después de haberla cotejado y corregido en algunos puntos, según la edición crítica latina (1726) de las obras de Blossio, preparada por el Abad Antonio de Winghe, y los monjes de Liesse en 1632.

Réstanos añadir: 1º que los títulos de los capítulos y sumario analítico de lo que encierra no se hallaban en la primera edición hecha por Blossio ni en la castellana del P. Alfaro, sino que los puso Winghe, para mayor comodidad del lector; 2º que siempre se indica el capítulo y versículo de la Escritura Sagrada, cuando Blossio cita fielmente el texto o las palabras mismas, y tan sólo el capítulo, cuando refiere el sentido.

Bendiga el Señor los deseos que tenemos, al dar esta edición, de ser útiles a las almas piadosas, y multiplique en ellas el fruto que ha de producir, no lo dudamos, la lectura de tan sustanciales y suavísimas páginas.

D. HERMENEGILDO NEBREDÁ

Baronville, Mayo de 1907.

PREFACIO

Este opúsculo, cuyo autor es el venerable Blossio, llevó en algún tiempo el título de *Dacriano*, que significa, el que llora; porque Blossio, verdadero y piadoso *llorador*, a ejemplo de Jeremías o de Heráclito, y bajo el pseudónimo de Dacriano, expone, como en un espejo, a los religiosos de su tiempo, la relajación introducida en la vida religiosa, a fin de que la consideren y se purifiquen y corrijan de sus vicios.

Tú que lees o te miras en este espejo, considera, gime con Blossio, y trata de corregirte.

CAPITULO PRIMERO

**El religioso debe pensar con diligencia
en el fin que se propuso al abrazar
una vida más austera.**

1. Se excusa humildemente el autor del encargo aceptado.-2.- La obra propia del religioso es la continua mortificación de sí mismo.- 3.- Carácter del religioso fingido.- 4.- Contra qué debe pelear siempre el verdadero religioso.

1.- Me pides, muy amado hermano Odón, un espejo espiritual, en el cual puedas contemplarte a ti mismo, y echar de ver muy bien lo que en ti hubiere de hermoso o feo. Esta petición tuya es nueva, y pienso que no me conoces: porque si me conocieses, ¿cómo pedirías a un hombre carnal alguna cosa espiritual? Mas porque no parezca que dejo pasar tu piadosa petición, o por decir mejor, que no hago caso de ella, ahí te envío lo que pudo dar nuestra pobreza. Toma, pues, estas enseñanzas breves, de cuya

lección, por ventura siquiera, aunque no sea sino superficialmente, podrás aprender qué es lo que eres, y qué es lo que no eres: o a lo menos, lo que debes ser.

2.- Lo primero que te amonesto es que pienses muchas veces, y muy de veras, a qué viniste al monasterio. Sin duda que para que, muerto para el mundo y para ti, sólo vivas para Dios. Trabaja, pues, con todas tus fuerzas, por hacer aquello a que viniste. Aprende a despreciar fuertemente todas las cosas sensibles, y a quebrantarte varonilmente a ti mismo, y abnegarte saludablemente: date prisa en mortificar tus pasiones y afectos viciosos. Pon diligencia en reprimir las inconstantes distracciones del alma, procura vencer la fatiga, la pereza, el desabrimiento espiritual de tu ánimo flaco y débil. Este sea tu trabajo cotidiano, esta tu gloriosa pelea y tu saludable aflicción. No seas flojo, sino levántate, anda con suma vigilancia, y ofrécete todo a los trabajos; y no tengas desordenadamente lástima de ti mismo. Esto es lo que Dios te pide, esto es lo que pide tu estado. Religioso te llamas, mira que cumplas de veras con el nombre que tienes: haz obras de religioso. Así que debes tener gran diligencia en vencer los vicios y destruirlos. Siempre has de estar armado contra las malas inclinaciones naturales, contra el demasiado brío, contra los deleites de la carne y contra los regalos de la sensualidad.

3.- Entiende lo que te digo. Si permites que la soberbia, la vanagloria, la altivez y el gusto propio se enseñoreen de la razón, si te atreves a seguir tu propio parecer, si te atreves a despreciar las cosas humildes y sencillas, no eres religioso.

Si no desechas de ti todo cuanto pudieres, la envidia, el odio, los desabrimientos y la ira; si no das de mano a los juicios temerarios, a las quejas pueriles y a las murmuraciones perversas, no eres religioso.

Si habiéndose levantado entre ti y otro alguna rencilla áspera y temosa, no tratas luego de reconciliarte, y aunque hayas recibido cualquier injuria que sea, si no perdonas luego, antes deseas vengarte, o guardas secreta en tu corazón alguna enemistad

voluntaria y alguna doblez o fingimiento, o en lo exterior muestras algunas señales de mala voluntad; si dilatas el ayudar al que te injurió, cuando no eres religioso, no eres cristiano ¹, eres abominable delante de Dios.

Si después de haber pecado tienes vergüenza de acusarte y de confesar llanamente tu culpa, conforme a la Regla, si no tienes paciencia y humildad cuando te corrigen, reprenden y castigan, no eres religioso.

Si no haces caso de obedecer con presteza y fidelidad a tu padre espiritual en todas las cosas que no son malas, si no quieres reverenciar y amar sinceramente al mismo padre espiritual como a vicario de Cristo, no eres religioso.

Si con gusto hurtas el cuerpo al oficio divino, y a los demás actos de comunidad; si en el mismo servicio de Dios no asistes con gran cuidado y reverencia, no eres religioso.

Si descuidado de las cosas interiores, sólo procuras las exteriores, y sólo mueves el cuerpo en las obras de la religión, por una costumbre seca e indevota, y no el corazón, no eres religioso.

Si no te ocupas con diligencia en la lección sagrada, ni en los otros ejercicios espirituales; si tienes el alma tan embarazada y abatida de las cosas transitorias, que pocas veces levantas el espíritu a las eternas, no eres religioso.

Si buscas manjares delicados y superfluos, y deseas beber vino destempladamente, y más de la medida ordinaria y regular, en especial si tienes salud, y te sobra la cerveza, u otra bebida conveniente², no eres religioso.

Si indiscretamente buscas vestidos preciosos, camas blandas, y otros regalos sensuales, que no son conformes a tu estado y profesión; si amando el descanso del cuerpo, huyes padecer trabajos y aflicciones por amor de Dios, no eres religioso.

Si no sufres la soledad y el silencio, antes te deleitas con

¹ Vid. D. Thom. 2. 2. q. 25. aa. 8 y 9.

² Téngase en cuenta que escribía Blosio en un país, en el cual la bebida ordinaria es la cerveza.

palabras ociosas y risas desordenadas, no eres religioso.

Si gustas de estar con seglares; si deseas andar vagando por las villas y lugares, no eres religioso.

Si presumes dar o enviar, recibir o tener alguna cosa, aunque sea muy pequeña y menuda, sin que tu superior lo sepa y lo permita, no eres religioso.

Si tienes en poco las constituciones y ordenanzas de la sagrada religión por menudas que sean, y voluntariamente las quebrantas, no eres religioso.

Finalmente, si buscas en el contento otra cosa fuera de Dios, y no procuras cuanto puedes la perfección de la vida, no eres religioso.

4.- Pues para que, como te tengo dicho, seas de veras lo que suena tu nombre, y no traigas en vano el hábito de religioso, haz obras de monje. Ármate dentro de ti mismo; pelea contra tí. Y todo lo que es de tu parte, véncete, y mortifícate a ti mismo. Y si no hallas tan presto la paz que deseas, si aun no se te concede que descanses, sino que todavía te inquietan y fatigan movimientos brutales y pasiones desasosegadas; y aun si de esa manera, para provecho tuyo, permitiéndolo Dios, hubieres de pelear toda tu vida con semejantes enemigos, no desconfíes, ni pierdas vilmente el ánimo: mas humillándote delante del Señor, persevera firmemente en tu lugar y pelea varonilmente.

El Apóstol San Pablo, vaso escogido de Dios, sufrió también por toda su vida una tentación con que el demonio le fatigaba; y aunque muchas veces pedía al Señor que lo librara de tanta fatiga, con todo eso no lo libró, porque no le convenía; antes, estando en oración, le respondió: *Mi gracia te basta, porque la virtud se afina con los trabajos*.¹ Y de allí en adelante sufrió San Pablo de buena gana el azote de la tentación. Así que no has de perder el ánimo en las tentaciones, esforzado con el ejemplo de este fortísimo y no vencido luchador, mas sufre con energía, perseverando firme y sin mudanza en tu buen propósito.

Porque aunque a ti te parezca muy desabrido ese trabajo, sin

¹ 2 Cor., 12.

duda que es muy grato a Dios. Has de sufrir el martirio espiritual con ánimo invencible. Y no dudes que, si pereverares, aunque seas herido millares de veces, mortificado millares de veces, si no dejares la batalla y arrojaras las armas, recibirás la corona. haz lo que es en ti, y lo demás déjalo a la divina disposición, diciendo: *Como fuere la voluntad del cielo, así se cumpla.*¹ Esa divina voluntad y disposición ha de ser tu consuelo. Mientras durare esta vida, adonde quiera que te vuelvas y estuvieres, has de hallar tribulaciones y tentaciones, y conviene que estés dispuesto para sufrirlas con paciencia. Y serás muy venturoso, si la gracia de Dios te llevare al fin a este punto, que, por amor suyo, te sea sabrosa cualquiera molestia y aflicción.

CAPÍTULO II

Qué debe hacerse cada día

1.- Cómo debe portarse el alma religiosa al levantarse.- 2.- Su comportamiento en el rezo y oraciones.- 3.- De qué modo han de soportarse la distracción y la desolación en las oraciones.- 4.- Tres clases de siervos de Dios, los infieles, los fieles y los tibios.

1.- ¿Por ventura no ha crecido mucho, hermano mío, nuestro espejo? Oh, aún no ha crecido lo que basta, según me dices; sino que aún deseas oír todavía, más clara, difusa y apaciblemente, cómo te hayas de componer dentro y fuera; cómo hayas de ordenar discretamente tu vida, o cualquiera día de los que vivieres en el acatamiento de Dios. Óyeme, pues.

En despertando, si has de levantarte a maitines, haz atentamente la señal de la cruz; y pide a Dios brevemente que te perdone todos tus pecados, y tenga por bien ayudarte.

Luego, dando de mano a cualesquiera imaginaciones nocturnas,

¹ I Machab., 3.

repasa alguna cosa espiritual, y procura cuanto pudieres la pureza del corazón, gozándote dentro de ti mismo de ser llamado a alabar y glorificar a tu Creador.

Si te derriba la flaqueza del cuerpo, la pesadumbre del sueño, la turbación del espíritu, no desmayes, mas ten ánimo, y hazte fuerza a ti mismo venciendo con la razón y la voluntad todos los impedimentos. Porque *el reino de los cielos se gana a fuerza de brazos, y los animosos lo arrebatan* ¹ Dios te dará sin duda alguna, el premio conforme al trabajo que por Él padeces. ²

En saliendo de la cama, encomienda y ofrece a Dios tu alma y tu cuerpo.

Llega con tiempo al coro, como a un lugar de refugio y a un jardín, de celestiales deleites.

Antes que se empiece el oficio divino, procura conservar tu alma en sosiego y sencillez, desembarazándola de vanos pensamientos, recogiendo un dulce y devoto afecto para con Dios, por una sencilla oración o meditación.

2.- Ten gran diligencia en pronunciar y escuchar perfectamente las palabras sagradas y con gran reverencia, gusto y atención, mientras durare el rezo divino, para que gustes *cuán suave es el Señor* ³, y sientas que la palabra de Dios tiene una dulzura y virtud incomprensible. Pues todo lo que dictó el Espíritu Santo es un manjar que da vida, y un consuelo regalado del alma casta, sobria y humilde. Mira, pues, y está fielmente allí con atención.

Empero has de huir la vehemente imaginación y la demasiada fuerza, en especial si tienes la cabeza flaca; porque si interiormente recibes alguna fatiga, turbación o violencia, será cerrarte a ti mismo el santuario de Dios.

Asimismo has de desechar el demasiado cuidado, de donde suele nacer la pusilanimidad y la turbación, y ocúpate en las divinas alabanzas con un espíritu suave, quieto y cuidadoso, sin mirar a tu propio gusto.

¹ Math., 11.

² I Cor., 3.

³ Salm. 99.

3.- Si no puedes tener recogido el corazón, no pierdas el ánimo; sino hazte fuerza con suavidad, y haz lo que buenamente pudieres, dejando lo demás a la divina voluntad. Persevera en Dios con devoto afecto, y en alguna manera serán para consolarte aún esos mismos defectos que no puedes excusar. Porque así como la tierra que es de buen natural da mucho más fruto si le echan estiércol: ni más ni menos el alma de buena voluntad, de la miseria de los propios defectos que sufre contra su voluntad, a su tiempo recibirá el dulcísimo fruto de los regalos de Dios, si los sufiere con paciencia. Y, ¿de qué te servirá, si eres impaciente? Acaso ¿no será añadir un trabajo a otro? Fuera de que se echará de ver que no tienes humildad, sino pernicioso amor propio. Cumplido tienes con Dios, si estás con reverencia, y dispuesto siempre con pronto deseo de la voluntad para estar atento, aunque no hayas podido estarlo siempre: no te culpará por esa inconstancia desordenada si por tu descuido no le das consentimiento, antes al tiempo de la oración pones guarda en los sentidos. Si no puedes ofrecer sacrificio perfecto, ofrece a lo menos buena voluntad: ofrece con espíritu humilde buena intención; y ya no tendrá el demonio de qué calumniarte, ni de qué burlarse de ti.

Confía que no perderás tu galardón, aunque no hayas podido ofrecer otra cosa más de que con un temor santo, con el cuerpo y con el alma, asistes a servir al Señor. Empero ¡ay de tu alma! si fueres negligente y remiso y no procurares estar atento. Porque escrito está: *Maldito es el hombre que hace descuidadamente la obra de Dios*¹ Trabaja por ser solícito, de manera que des lo que puedes dar; y estarás seguro, si no puedes dar lo que deseas. Con esta seguridad, no te turbes cuando se te ofrecen impedimentos y no puedes dar todo lo que querrías dar. Digo, pues, que cuando te aflige la distracción de los sentidos, el abatimiento del ánimo, la sequedad del corazón, el dolor de la cabeza, u otra cualquier miseria y tentación, guárdate, no digas: Estoy desamparado, el Señor me ha desechado, no le da gusto mi servicio. Estas

¹ Jerem., 48.

palabras suelen proferir los hijos de la desconfianza; lleva, pues, todas estas cosas con ánimo sufrido y aun alegre, por amor de Aquel que te llamó y escogió, creyendo sin duda que *Él está cerca de los que tienen el corazón atribulado*¹. Porque si con humildad, sin murmuración, llevares la carga que te pusieren, no se puede explicar cuánto peso de gloria amontonarás en la vida venidera. Podrás de veras decir a Dios: *Estoy hecho un jumento en tu presencia*², *aunque siempre estoy a tu lado*. Oye hermano³. Si lleno de dulzura interior y levantado sobre ti mismo volares hasta el tercer cielo, y allí gozares de la conversación de los ángeles, no harás tanto, como si con afecto sufrieres alguna molestia o desamparo del corazón por amor de Dios, y te conformares con el mismo Salvador; el cual, estando en suma tristeza, congoja, temor y angustia, dijo a su Padre: *Hágase tu voluntad*; y estando crucificado, las manos y pies atravesados con clavos, no tuvo adonde arrimar la cabeza, y finalmente, sufrió por causa tuya con grandísimo amor todos los dolores y afrentas de su muy amarga pasión. Así que ten ánimo, y espera en silencio, hasta que Dios lo ordene de otra manera. Y realmente que el día del juicio no se te pedirá cuenta de la dulzura que aquí hubieres sentido, sino de cuán fiel hayas sido en el servicio y amor de Dios⁴.

4.- Muchos de los que se llaman siervos de Dios sirven infielmente, y pocos sirven con fidelidad. Los siervos desleales, mientras tienen presente la devoción sensible y la gracia de las lágrimas, sirven a Dios con alegría, oran de buena gana, y perseveran con gusto en cualesquiera obras buenas, y parece que moran en una profunda paz de corazón; mas en quitándoles Dios aquella devoción, luego verás que se turban y enojan, y se hacen desabridos e impacientes, y después no tratan de oración, ni de otro ningún ejercicio espiritual. Y como no sienten conforme a

¹ Salm. 33.

² Salm. 72.

³ El R.P. Tomás de Jesús cita varias palabras de este párrafo y del siguiente en el libro 4 de la *Oración Divina*, c. 20.

⁴ Math., 26.- Math., 8.- Luc., 9.

sus deseos los consuelos interiores, se vuelven abominablemente a los exteriores y contrarios al espíritu. Así se ve claro que no buscan puramente a Dios, sino que, con fin muy torpe, buscan los dones del mismo Dios, y usan mal de ellos para su deleite. Porque si amasen a Dios sin otra mira, y no pusiesen viciosamente su fin en los beneficios y dones de Dios, perseverarían en Él sosegados y quietos, aunque se los quitase todos; y aun entonces no buscarían consuelos ilícitos. Luego son desleales, pues no guardan a Dios lealtad en las adversidades: *A tiempo creen, y en el tiempo de la tentación pierden la fe* ¹.

Siempre quieren cosas prósperas, y no sufren las adversas. Sirven a Dios, cuando les da las alegres que ellos quieren, y si no se las da, se apartan de Él, y lo dejan. Antes digo que ni aun en las cosas alegres sirven a Dios, sino a sí mismos. En cualquiera cosa quieren que se haga su voluntad más que la de Dios. Antes ponen su santidad en la dulzura y consuelo interior, que en la mortificación de sus vicios; porque no saben que, quitándose la devoción, se echa de ver mucho mejor, y con más certidumbre quien ama a Dios de veras, y no por esa devoción. Aquella devoción sensible muchas veces más propiamente es afecto y pasión natural, que obra de espíritu. Y sea lo que fuere, sino se usa de ella con discreción, muchas veces suele llevar al que la tiene a una soberbia secreta, a un contento vicioso, y a una seguridad vana; como se puede ver en los mismos siervos infieles; porque en siendo interiormente llenos de dulzura, luego dan en juzgar y despreciar a los demás; imaginan de sí que son ya santos y secretarios de Dios; desean y aun esperan por muchas vías revelaciones celestiales, y juntamente desean que por ellos o de ellos se muestren algunos milagros, para que los demás puedan conocer la santidad que ellos imaginan que tienen, y no la tienen. De esta manera se suelen desvanecer en sus imaginaciones los que suspiran por la gracia sensible, más que por el dador de ella.

Muy de otra suerte se han los siervos leales, porque no se buscan a sí, sino a Dios: no ponen los ojos en su consuelo, sino

¹ Luc. 8

en la voluntad y honra de Dios; en todas las cosas huyen su propio gusto. Siempre están de un ser, ora les quite Dios la suavidad interior, ora no se la quite; y perseverando en una igualdad de ánimo, nunca cesan de amar y alabar a Dios. Ni las tinieblas interiores, ni la dificultad de recoger los sentidos, ni la frialdad de los afectos, ni la sequedad de corazón, ni el derribamiento del ánimo, ni el estarles el espíritu entredurmiendo, ni las angustias de las tentaciones, y finalmente, ningún suceso próspero ni adverso, los podrá derribar del lugar que tienen, ni aun alterarlos. Porque aunque a veces por ventura sientan alguna tristeza desordenada por alguna tribulación, o algún ímpetu de deleite sensual por alguna prosperidad, pero no son derribados; porque procuran perseverar quietos en la parte superior del alma, y conforman su voluntad con la voluntad y permisión de Dios; y reciben mucha pena porque sienten en sí la menor contradicción de algún movimiento indecente y feo. Así que fundados sobre la firme piedra ¹, perseveran estables y constantes en la caridad de Dios, y tienen por sumo consuelo la divina voluntad. Siempre están devotos; porque huyendo y abominando con sumo cuidado todo lo que desagrade a Dios, apenas pueden ni en un pelo turbar la pureza de su corazón; y resignándose en Dios en cualquier suceso, tienen perpetuamente el alma limpia, libre y quieta; que esta es la muy verdadera devoción, y que agrada muy mucho a Dios.

No dura así, ni tiene tanta certidumbre la otra devoción sensible, y que es común a los principiantes y nuevos en el servicio de Dios; pero mucho nos aprovecha, si con discreción usamos de ella. Los siervos fieles (que así llamo yo ahora a los que el dulcísimo Jesús *llama, no siervos sino amigos*) ², digo, pues, que los siervos fieles también buscan aquella eficaz y muy sabrosa suavidad de gracia: buscan la *alegría saludable del Señor* ³; buscan su amable rostro y sus dulcísimos abrazos; mas hacen eso

¹ Math., 7.

² Ioan., 15.

³ Salm. 50

con un deseo espiritual y vergonzoso, no con apetito sensual, ni con liviandad de niños, ni con impaciencia turbada. No desean los dones de Dios para deleitarse en ellos sensualmente; sino para que, encendiéndose más en el amor, y, purificándose más de cualquiera defecto, agraden más al esposo celestial.

Aman los dones de Dios, y le dan siempre gracias por ellos y retíranse de ellos como gente que no ha trabajado por ellos, ni los merece, no buscando en ellos su último fin. Por la gracia y merced que reciben, van en busca del dador de ella y del sumo bien; en el cual sólo es lícito buscar el descanso y la quietud. Sin duda son dichosos, porque cuanto menos se aficionan a los dones, tanto más beneficios reciben

Y por más mercedes que reciban de Dios, no se engríen, ni desprecian a los demás, sino a sí mismos. Digo que se desprecian a sí mismos, y creen que no merecen alguna gracia espiritual. Piensan de continuo que todo cuanto tienen es pura misericordia de Dios; y *cuanto más se da a uno y encomienda, tanto más cuenta se le ha de pedir*¹. Y perseverando de esta manera en un temor santo, y humillándose más con los dones que reciben, confiesan que son los más viles de todos.

Entre sí mismos se gozan y glorían de que siendo injustamente infamados y afrentados, injuriados y ultrajados hasta más no poder, han imitado a Cristo; y no de que han podido tener grandes arrobamientos, o ver nuevas revelaciones, o hacer evidentísimos milagros. Haciendo la señal de la cruz, desechan en un punto las sugerencias con que el demonio procura moverlos a vanagloria y a que se agraden a sí mismos; sin dar jamás consentimiento a las astucias de la maliciosa serpiente.

No ponen confiadamente la esperanza de su salvación en el número o merecimiento de las buenas obras que hacen, sino en la libertad que tienen de hijos de Dios, la cual alcanzan por la sangre de Cristo.

Tú, hermano, que has conocido ya la diferencia, que hay entre los siervos fieles é infieles, trabaja por ser de los que por ventura

¹ Luc., 12

no eres; y procura no ser de los que por ventura eres. Si aun eres de aquellos que no querías ser, gime y humíllate, *porque Dios da las gracias a los humildes*.¹ Y por cierto que si, humillándote en el acatamiento de Dios, te pesa de que todavía eres del número de los siervos infieles, en alguna manera te has pasado ya al bando de los fieles. Trabaja, persevera, no temas; que no serás reprobado con los infieles, sino recibido con los fieles y leales.

Fuera de los sobredichos, hay algunos dedicados al servicio de Dios, que no se pueden llamar siervos de Dios, fieles, ni infieles; antes con justo título los llamará alguno esclavos perezosos del demonio. Entiendo aquellos miserables y desventurados, que no haciendo caso, o a lo menos muy poco, de la devoción o gracia de Dios, descuidándose totalmente de las cosas interiores, fingen realmente que alaban a Dios con sus labios², y su corazón está muy lejos de Dios. Sumidos en un abismo de males, apenas piensan en cosa ninguna que toque a su salvación. Lo mismo son hoy que ayer; así salen del coro, como entraron; conviene a saber, torpes, tibios, descuidados, distraídos, descompuestos, sin temor ni reverencia. Más enojan a Dios con las palabras santas que echan por su boca torpe y sucia, que le agradan.

¡Ojalá se los guardara allá el mundo para sí!.. Porque, ¿para qué moran en los conventos? ¿Para qué pisan la tierra santa? ¿Para qué comen las limosnas de los justos? ¿Para qué inficionan con deleites carnales la escuela de los ángeles, adonde se ejercitan obras espirituales? Si habían de estar sucios, hubieran debido quedarse en lugares torpes y asquerosos, y no entrar en los limpios y santos. Viviendo en el siglo, tuvieran un simple infierno; más viviendo descuidadamente en los conventos, oblíganse a un infierno doblado. Empero, no es nuestra intención decir aquí por ahora muchas cosas de éstos; a tí, pues, vuelva mi discurso y plática.

¹ Jacob., 4.

² sai., 49.

CAPÍTULO III

Ocupaciones espirituales fuera del coro

1.- Dividir el día en varias obras.- 2.- Evitar el ocio nocivo y la ocupación ociosa.- 3.- Encantos de la lección sagrada.- 4.- Oraciones privadas.

1.- Mira que seas concertado y tengas traza en tus ejercicios particulares. Señala lo que quieres hacer cada hora, y en qué te quieres ocupar; pero ha de ser de manera que no recibas mucha pena, ni se te haga muy de más de abreviar cualquiera ejercicio, y aun dejarlo del todo, por la obediencia, o por otra causa razonable o negocio que se te ofrezca. Lo que principalmente has de procurar es perseverar siempre delante de Dios, pacífico y sin turbación ninguna; con libertad, con igualdad y pureza de corazón, dando de mano a todo gusto propio; que más se agrada Dios de esto, que de todos los otros ejercicios, por más trabajosos y dificultosos que sean. Por lo cual conformándote con el tiempo cuanto la obediencia lo permite, has de dejar todo lo que en ti impidiere semejante libertad, aunque te parezca muy espiritual y muy provechoso. Pues (como decía) ten gran cuidado en dar de mano a toda inquietud de corazón, con la cual se impide la verdadera paz, la entera confianza en Dios y el aprovechamiento espiritual.

2.- Nunca des lugar a la ociosidad, viciosa y mala, porque esa es la que mata las almas. Huye también las ociosas ocupaciones; y llamo ociosas las que totalmente son inútiles. Y no te espantes de que te haya dicho que no des lugar a la ociosidad viciosa; porque hay un ocio loable, conviene a saber, cuando ¹ el alma, ocupada en Dios, libre de todo bullicio é imaginación de todas las cosas sensibles, como si estuviese ociosa, descansa en un silencio interior, en un abrazo venturoso de su amado. Útil y dicho-

¹ Buena descripción del ocio místico. El P. Maximiliano Sandeo explica en su opúsculo de Teología mística los términos análogos al ocio místico.

samente estarás ocioso, si la mano y gracia del Señor te llevare a este punto. De otra suerte, o lee siempre, ora o medita; u ocúpate en otra cualquiera cosa conveniente o necesaria.

3.- Por cierto que si con prontitud y diligencia te quisieres ocupar en la sagrada lección, que te será de mucho gusto, y todas las cosas espirituales comenzarán a hacérsete dulces, y habituándote a deleites santos, facilísimamente despreciarás todos los sensuales y carnales; y a maravilla se fortificará tu alma en el buen propósito.

Pues para ¹ que merezcas gozar tan gran fruto, ocúpate de buena gana y con prudencia en la lección; quiero decir, que en ella busques provecho y consuelo espiritual, y amor de Dios, y no curiosidad, ni entender y saber cosas superfluas, ni ornato y elegancia de palabras. Porque no consiste en eso el reino de Dios², sino en la santidad de la vida. Empero, como no es justo que esa elegancia se busque con demasiada solícitud, si falta; así no es justo que estime en poco, si la hay; porque también ella es don de Dios. Todas las cosas has de recibir con hacimiento de gracias; y así te aprovecharán todas para tu salvación.

Y no te turbes porque no se te quede en la memoria todo lo que oyes o lees; porque así como está limpio el vaso adonde muchas veces se echa el agua, aunque se vierta luego, de la misma suerte se hace y conserva limpia y agradable a Dios el alma bien intencionada, por donde pasa muchas veces la doctrina espiritual, aunque no se quede allí. Tu particular provecho no consiste en que tengas memoria de lo que oyes o lees, sino de que eso haga en ti efecto; quiero decir que de ahí saques pureza interior y una voluntad determinada para cumplir los mandamientos divinos.

Aprende a atribuirte a ti lo que se dijere contra los vicios, porque muchas veces no será seguro atribuirlo firmemente a nadie; que de esa manera no mancillarás ni turbarás tu propia conciencia, juzgando al de alguno obstinadamente.

También, cuando en la lección o conversación se te ofreciere

¹ Citado por el P. Julio Nigronio en sus *Tratados Ascéticos de lectione Librorum spiritualium*, c. I, § 4, y en otros capítulos.

² I Cor., 2.

tratar del acto carnal, pasa con un pensamiento ligero sin detenerte; y considera con tanta quietud interior la obra de la generación como todas las demás obras de los hombres; imaginando que aquel acto en el matrimonio no es más que un ministerio necesario al linaje humano. Y eso ha de pasar de los ojos del alma tan de camino y tan simplemente como si se tratase de piedras. Y así, cuanto te fuere posible, has de hurtar el cuerpo al más mínimo deleite de cualquiera movimiento lujurioso y sensual, en todas las cosas que parecen torpes. Si a porfía te fatigan y turban tentaciones de semejantes cosas, hazles total resistencia con la razón; no les des consentimiento; y haciendo la señal de la cruz, levanta el alma a Dios, porque así no correrás peligro ninguno.

Además de esto, te aviso ¹ que no imites a aquellos que no guardan orden en su lección, sino que gustan de leer lo que acaso se les ofrece, o lo que encontraron; a los cuales ninguna cosa que no sea nueva y peregrina les da contento; y las que son antiguas y comunes, por más provechosas que sean, les enfadan. Mil leguas ha de estar de ti semejante inconstancia; que antes sirve para distraer y derramar el espíritu que para moverle, y corre grandísimo peligro el que está inficionado con este humor.

Has de ir atado con prudencia a lección cierta y determinada, y aunque a veces no te agrade, acostúmbrate a detenerte en ella. Así que no has de leer confusamente y salpicando, sino por orden. No te dé pesadumbre oír muchas veces las mismas cosas, si son buenas.

Empero, cuando se te ofrece alguna tribulación o pobreza de espíritu, alguna vez podrás cortar el hilo a lo que hubieres comenzado y pasar a otra lección devota que, conforme a la necesidad en que estás, pueda aliviarte más.

Es de mucho provecho (como afirman los Padres) pasar de la lección a la oración, y volver de la oración a la lección; para que por una loable alteración y mudanza, sucediendo la oración a la lección y al revés, se quite el fastidio, y el espíritu esté siempre esforzado, y, como de nuevo, acuda a la oración que tiene

¹ Citado por el P. Nigronio, c. V § 23 y 24.

delante, y de ambas cosa se saque copioso fruto. ¿Y quién es- torbará que algunas veces en la lección no hagas también algunas breves oraciones, y por unos deseos santos levantes el espíritu a Dios? Hay algunas cosas que se pueden tomar por lección, por oración o por meditación; conviene, a saber, todas las divinas Escrituras en donde se habla con Dios.

4.- De continuo has de preferir las oraciones conventuales a las tuyas propias, y aunque te parezcan desabridas y estériles, las tienes que juzgar por mejores. Ni más ni menos, cualquiera acto conventual y regular, lo has de preferir a tus particulares ejercicios. Porque ante todas y sobre todas las cosas ha de tener siempre en ti la obediencia el primer lugar.

Acaso me preguntarás en qué oraciones y meditaciones principalmente has de ocuparte cuando estás solo. Si me crees, lo que sobre todo has de pedir a Dios en tus oraciones después de haberte acusado de tus pecados y pedido perdón de ellos, es, que totalmente mortifique en ti tus pasiones y afectos viciosos, y que te desnude perfectamente de todo desorden, y que te dé gracia con que puedas llevar con paciencia y alegría cualquiera tentación y tribulación. Has de pedir una humildad muy profunda y una caridad muy fervorosa. Asimismo has de pedir que tenga por bien de guiarte, enseñarte, alumbrarte y defenderte en todas las cosas. Estas creo que te son muy necesarias.

Ellas son muy arduas y dificultosas; y no las podrás alcanzar, si no fueres continuo y perseverante en pedir las. Pues persevera cada día llamando ¹, y sin duda que al fin te abrirá el Señor, y te dará tantos panes cuantos hubieres menester. Mira no te descuides en darle siempre gracias por lo que recibieres, porque el olvido y la ingratitud de los beneficios recibidos ofende mucho a Dios.

Y para que con más presteza y facilidad alcances de la benignidad de Dios lo que pides en tus oraciones, has de rogar con atención por el estado de toda la Iglesia, encomendando a Dios a todos los fieles, vivos y difuntos, y a todos los hombres.

¹ 1.º ... 2.

CAPÍTULO IV

La principal materia de la oración mental debe ser la vida y pasión de Cristo

1.- Meditar la vida y pasión de Cristo es el ejercicio más útil.- 2.- Ejemplo.- 3.- Utilidad y orden de este ejercicio.- 4.- Método para los principiantes.

1.- Quieres oír todavía en qué cosas te podrás ejercitar con gran provecho tuyo? Yo te lo diré. Útil es rezar los salmos; útil es rumiar devotamente las divinas Escrituras; útil la consideración de las criaturas, si de ellas se alaba al Creador; útiles son cualesquiera oraciones, himnos, hacimientos de gracias y meditaciones santas; empero todos dicen, y con mucha razón, que la memoria de la humanidad de Cristo, y principalmente la de su sacratísima Pasión ¹, es utilísima y sumamente necesaria. Porque ella es el destierro segurísimo de todas las pasiones y afectos desordenados, una acogida muy acomodada en las tentaciones, un seguro fuerte en los peligros, un suave refrigerio en las angustias, un querido descanso en los trabajos, un fácil atajo en las distracciones, una verdadera puerta de la santidad, una sola entrada de la contemplación, un dulce consuelo del alma, un fuego del divino amor que jamás falta, una salsa de todas las adversidades, una fuente de la cual corren en nosotros todas las virtudes, y, finalmente, es un modelo y dechado acabadísimo de toda perfección, puerto, esperanza, confianza, merecimiento y salud de todos los cristianos.

2.- Yo he conocido un hermano ² que tenía costumbre de señalar cada día un paso de la misma pasión del Señor. Como si dijésemos: Ponía delante de los ojos un día a Cristo en el huerto; y

¹ Esta útil y piadosa práctica para con la pasión de nuestro Redentor, la recomienda el P. Antonio Molina (Tratado 1º de la Oración, c. XVII § 2) á todas las personas devotas.

² Bloisio, por su grande humildad, se oculta en este ejemplo.

adonde quiera que iba aquel día, adonde quiera que se hallaba desembarazado de otro pensamiento importante y necesario, en todo cuanto hacía exteriormente, procuraba enderezar los ojos al mismo Señor, cómo estaba padeciendo en el huerto diferentes angustias, y casi de esta suerte hablaba muchas veces a su alma: “¡Oh alma mía! ves ahí a tu Dios; ves ahí a tu criador; ves ahí a tu padre; ves ahí al Redentor y salvador tuyo; ves ahí tu refugio, tu guarida y amparo; ves ahí tu esperanza, tu confianza, tu fortaleza y tu salud; ves ahí tu santificación, tu pureza y perfección, ves ahí tu ayuda, tu merecimiento y tu premio; ves ahí tu reposo, tu consuelo y tu suavidad; ves ahí tu gozo, tus deleites y tu vida; ves ahí tu luz, tu corona y tu gloria; ves ahí tu amor y tu deseo, ves ahí tu tesoro y todo tu bien; ves ahí tu principio y tu fin. ¿Hasta cuándo has de andar distraída, hija andariega? ¹ ¿Hasta cuándo has de dejar la luz y amar las tinieblas? ¿Hasta cuándo has de dejar la paz y has de andar envuelta en turbaciones? Vuélvete, vuélvete, Sunamites ²; vuélvete, hija, vuelvete y recógete, muy querida; deja muchas cosas y abraza una, porque una sola es necesaria ³. Estate con tu Señor; ponte cerca de tu Dios; no te quieras apartar de tu maestro; siéntate a la sombra de Aquel ⁴ a quien amas; para que su fruto dé gusto a tu garganta. Bueno es hija, estar aquí, que aquí no llega el enemigo; aquí no hay asechanzas, no hay peligro ni tinieblas ningunas, aquí todas las cosas están seguras, todas están serenas. Asíéntate aquí de buena gana, muy querida mía, que aquí estarás libre y segura; aquí estarás muy alegre y regocijada. Aquí hay rosas, aquí hay lirios y violetas. Aquí dan sabroso olor las flores de todas las virtudes. Aquí verás un resplandor que suavemente esclarece todas las cosas. Aquí hallarás verdadero consuelo; aquí hallarás paz y descanso; aquí, finalmente, hallarás todo tu bien”. Con estas y con otras semejantes razones, constreñía fuerte y dulcemente su alma, y si andaba derramada, la recogía y le hacía

¹ Jerem., 31.

² Cant., 2. Cant., 5.

³ Luc., 10.

⁴ Cant., 2.

fuerza para que atendiese al sumo bien. Tomaba de estas sentencias unas veces más y otras menos, a veces una, a veces dos y a veces tres, conforme a su devoción y a lo que el Espíritu Santo le inspiraba; y aun muchas veces repetía las mismas.

También imprimía en su alma las cosas que el Señor hizo y padeció en el huerto por ella; despertándola entonces a considerar, unas veces la profunda humildad, la mansedumbre, la paciencia, la incomprensible y muy fervorosa caridad de su Salvador, otras veces a tener compasión del Señor de suma majestad, tan humillado y afligido; otras veces a darle gracias por tantos beneficios y por tanta piedad; otras veces a recompensarle fielmente el amor; otras veces a pedirle perdón de los pecados; otras veces a pedirle esta o aquella gracia. Muchas veces mudaba su plática en estas o semejantes aspiraciones, afectuosas y encendidas. “¡Oh alma mía! ¿Cuándo has de estar dispuesta para seguir la humildad de tu Señor? ¿Cuándo has de imitar su mansedumbre? ¿Cuándo resplandecerá en tí el ejemplo de su paciencia? ¿Cuándo te irá mejor? ¿Cuándo te verás de todo punto libre de las pasiones y afectos viciosos? ¿Cuándo morirá totalmente en ti todo pecado? ¿Cuándo se borrarán en ti todo desorden? ¿Cuándo sufrirás con suavidad y amor todas las tribulaciones y tentaciones? ¿Cuándo amarás perfectamente a tu Dios? ¿Cuándo lo abrazarás íntimamente? ¿Cuándo serás toda abismada en su amor? ¿Cuándo estarás pura, sencilla y desnuda delante de Él? ¿Cuándo no te impedirá cosa alguna sus dulcísimos abrazos? ¡Oh, si fueses pura y limpia! ¡Oh, si amases a tu Dios ardentísimamente! ¡Oh, si te juntases a tu sumo bien con un nudo ciego!”

Y poniendo los ojos del corazón en el cielo o en el abismo de la luz eterna, ordenaba las aspiraciones de esta suerte: “¡Oh alma mía! ¿Adónde está tu Dios? ¿adónde está tu amor? ¿Adónde está tu tesoro? ¹ ¿Adónde está tu deseo? ¿Adónde está todo tu bien? ¿Adónde está tu Dios? ¿Cuándo estarás con Él? ¿Cuándo le verás? ¿Cuándo gozarás venturosamente de Él? ¿Cuándo le alabarás libremente con todos los cortesanos del cielo?” Estas aspi-

¹ Salm. 41.

raciones u otras de este talle, decía en silencio o con el alma, tomando unas veces muchas, otras veces pocas, como le inspiraba el Espíritu Santo.

Muchas veces reprendía a su misma alma, porque era perezosa, descuidada, tibia, ingrata, dura, insensible, inconstante, miserable y desventurada. Y otras, cuando estaba pusilánime y temerosa la esforzaba y animaba diciéndole estas u otras semejantes palabras: “Alma mía, no quieras desesperar; consuélate, hija, confía, mi muy querida. Si pecaste y estás llagada, ves ahí a tu Dios, ves ahí a tu médico aparejado para darte salud. Es muy benigno y muy misericordioso, para querer, y todopoderoso es para poder perdonarte en un punto tus pecados. ¿Por ventura temes porque es juez? Mas cobra ánimo, porque el mismo que es tu juez, es también tu abogado. Es abogado para defenderte y excusarte, si haces penitencia; luego también es juez para darte por libre y no para condenarte, si te humillas; mayor es, sin comparación, su misericordia, de lo que es o puede ser tu malicia. Y esto te digo, no para que, perseverando en los pecados, no merezcas alcanzar misericordia, sino para que, dejándolos, no desesperes el perdón. Tu Dios es dulcísimo, es suavísimo, todo amable y todo deseable, y ama muy mucho todas cuantas cosas crió. Cuando imaginares o pensares en Él, muy lejos ha de estar tu imaginación de todo espanto, aspereza y amargura; porque si se llama terrible, no es por sí, sino por los que usan mal de su benignidad, y dilatan el hacer penitencia; cuyos muy graves y muy torpes pecados rechaza y castiga Él como muy contrarios a su dulcísima y purísima bondad.

“No te turbe demasiado ni te aterrorice tu imperfección; que no te desprecia tu Dios porque eres imperfecta y miserable, antes te ama mucho porque deseas y procuras ser más perfecta; y aun si perseveras, Él te ayudará y te hará más perfecta, y quizá te hará toda hermosa, aun más de lo que tú osaras esperar, y que en todas las cosas le agrade”. Con estas trazas y con otras semejantes, tenía una conversación muy amorosa con su alma; y con palabras castas la convidaba al casto amor de su querido.

También volvía su plática al mismo Señor, y levantando el espíritu a Él por santos deseos, decía: “Buen Jesús, piadoso pastor, dulce maestro, rey de eterna gloria. ¿Cuándo he de estar limpio y de veras humilde en tu acatamiento? ¿Cuándo menospreciaré totalmente por tu amor todas las cosas sensuales? ¿Cuándo me dejaré aun a mí mismo perfectamente? ¿Cuándo estaré desnudo de toda propiedad? Porque si en mí no hubiese alguna propiedad, no habría en mí voluntad propia, no tendría lugar en mí los afectos y pasiones viciosas; en ninguna cosa me buscaría a mí. Sólo esta propiedad es la que pone impedimento y medio entre ti y mí, la propiedad sola me detiene para que no llegue a tí. ¿Cuándo, pues, me veré desnudo de toda propiedad? ¿Cuándo me resignaré todo libremente en tu divina voluntad? ¿Cuándo te serviré con una alma limpia, quieta, sencilla y serena? “¿Cuándo te amaré perfectamente? ¿Cuándo te abrazaré suavemente con los brazos de mi alma? ¿Cuándo te amaré con deseos encendidísimos? ¿Cuándo la inmensidad de tu amor tragará y consumirá toda mi tibieza é imperfección? ¡Oh Dios mío, dulzura de mi alma! ¡Oh consuelo! ¡Oh vida mía! ¡Oh. amor mío! ¡Oh mi deseo! ¡Oh mi tesoro! ¡Oh todo mi bien! ¡Oh mi principio y mi fin! ¡Oh si gozase mi alma de tu dulcísimo abrazo! ¡Oh si fuese atada con el estrecho nudo de tu muy regalado amor! ¡Oh si fuese unida contigo perfectísimamente! ¿Yo, qué tengo en el cielo,¹ y sin ti, qué quiero yo en la tierra? Dios de mi corazón, y Dios es eternamente mi herencia. ¿Cuándo no habrá mundo para mí? ¿Cuándo cesarán en mí todos los impedimentos, todos los desasosiegos y mudanzas de este siglo? ¿Cuándo se acabará mi peregrinación? ¿Cuándo dejaré esta morada en tierra ajena? ¿Cuándo se alzará el miserable cautiverio de este destierro? ¿Cuándo tendrá fin la sombra de la mortalidad y vendrá el día de la eternidad?² ¿Cuándo, dejada ya la carga de este cuerpo, te veré? ¿Cuándo te alabaré con tus santos sin impedimento, dichosa y eternamente? ¡Oh Dios mío! oh amor mío! ¡Oh todo mi deseo! ¡Oh todo mi bien!”

¹ Salm. 71.

² Cant. 2 y 4.

3.- Muchas veces solía repetir estas aspiraciones, como quien sabía que con este ejercicio se junta poderosamente el alma con Dios, y con más brevedad llega uno a la perfecta mortificación de sí mismo. Adonde quiera las tenía a la mano; y si alguna vez se hallaba muy desocupada, entonces se asentaba como la Magdalena,¹ y gustaba de detenerse en ellas más tiempo y con más libertad; y esto hacía, más por la gloria de Dios que por su gusto desordenado. Y entonces, ensanchando interiormente el corazón con un sencillo y suave afecto, no dejaba de adorar y bendecir y dar gracias a Dios y orar.

Fuera de eso, enderezaba su plática a la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, como a Señora misericordiosísima y madre dulcísima, y reparadora liberalísima; delante de ella multiplicaba sus devotas quejas, y con una importunidad santa, le pedía su bendición.

Otro día señalaba cómo Cristo fué preso y entregado de Judas; y en este paso también repetía los sobredichos ejercicios, y de esta manera acababa la Pasión por su orden, y, en acabándola, la volvía a comenzar desde su principio. Y en aquel paso que representa a Cristo colgado de la Cruz, no se ejercitaba solamente conforme al orden y al día, sino todos los días, si le agradaba así, a lo menos brevemente, atendiendo a las angustias, a los cardenales y dolores del Crucificado, considerando las santísimas llagas y la sangre sacrosanta que corría de ellas como de fuentes; despertando su alma a la solícita contemplación de estas cosas.

En las fiestas de Cristo y de su Santísima Madre la Virgen María, ponía delante de los ojos de su alma (si le parecía así) el misterio que aquel día se celebraba, en lugar del paso de la Pasión que le venía por su orden, Y cerca de la obra, causa, misterio o regocijo de la misma fiesta, hacía sus ejercicios interiores y pláticas amorosas con su alma. También se deleitaba mucho ocupándose en rezar salmos.

Yo sé muy bien que el sobredicho hermano, con la ordinaria continuación de este santo ejercicio, alcanzó gran consuelo y

¹ Luc. 10.

notable fruto de su trabajo. Yo te he puesto el ejemplo; imítalo si te da gusto. Que por este camino te acostumbrarás a atender siempre a la presencia de Dios; por este orden comenzarás a tener los sentidos templados, alertas, ejercitados y serenos; con esta traza entablarás de la suma contemplación y perfección; con este orden, adonde quiera que te hallares, emplearás bien el tiempo; como quien, habiendo desterrado y arrancado los pensamientos inconstantes y vanos de lo secreto de su corazón, los pone y planta santos y buenos.

Si quieres, puedes ordenar otras meditaciones y aspiraciones fuera de las que pusimos arriba, con otras palabras. Y si en ellas sientes que mirar al libro te impide el alma para que no puedas llegar a Dios y unirte con Él, no lo mires; y al revés, si sientes que mirando al libro se ayuda tu ejercicio, míralo. Porque quiero que tu devoción sea libre y que sigas la gracia del Espíritu Santo sin confusión ni pesadumbre ninguna. Y entendemos por aspiraciones (como puedes advertirlo en las trazas arriba puestas) unas oraciones, breves jaculatorias, o unos deseos encendidos, y unos afectos vivos y amorosos para con Dios.

4.- El que no ha comenzado aún la vida espiritual, o la propia mortificación, o el que es nuevo en ella, por ventura no es justo que luego, a los primeros principios, en todas las cosas siga el sobredicho ejercicio; antes importa que algún tiempo se ejercite conforme a la traza que añadiré ahora. Éste también ha de poner delante de los ojos del alma cada día alguna parte de la Pasión del Señor, y ha de acudir a Él con el espíritu, ora esté sentado, ora en pie, ora ande, ora descanse, como no lo impida algún negocio forzoso en que se haya de ocupar interiormente. Y puesto en presencia de Cristo, así como lo imagina padeciendo, hable con su alma de esta o de otra manera semejante:

“¡Oh alma mía! Ves ahí a tu Dios; mira, ingrata; atiende, miserable; considera, pobre y mendiga; ves ahí a tu Dios, ves ahí a tu Creador y Redentor. Ves ahí cómo se humilló por ti el Rey de la gloria; ves ahí cómo se inclinó por ti la soberana majestad. Mira cuán tristes, cuán amargas y viles cosas sufre por ti tu Salvador.

Pondera con cuanta caridad te amó el que por ti sufrió en sí tantas aflicciones y tormentos.

“Sacúdete, alma mía, sacúdete del polvo; desata los lazos de tu cuello, cautiva hija de Sión. Levántate, sal del lodo de los vicios, deja las torpezas ¹ de la vida descuidada. ¿Hasta cuándo con tanto gusto has de andar entre tantos peligros? ¿Cuándo has de acabar de tener por descanso los tormentos y angustias? ¿Cuándo has de acabar de dormir segura en la muerte? ¿Cuándo has de acabar de dejar por tu voluntad el camino derecho, y has de andar por tantas partes descarriada y vagamunda? Vuélvete a tu Señor y Dios, que te está esperando: apresúrate, no tardes, que aparejado está para recibirte. Con los brazos abiertos te saldrá al camino, como tú no dilates el volverte a Él. Llégate al benignísimo Jesús, y te sanará y purificará; llégate al benignísimo Jesús, y te alumbrará. Llégate al benignísimo Jesús, y te echará su bendición y te salvará”.

Algunas veces dirá a su alma afrentas, y la reprenderá por su demasiado desagradecimiento y malicia, diciéndole: “Ay alma mía, ¡cuán ingrata has sido a tu Dios! Él te ha hecho innumerables y excelentes beneficios, y tú, en lugar de los bienes, siempre le has vuelto males y ofensas. Él te crió a su imagen y semejanza: Él te enriqueció con la inmortalidad; Él señaló para tu bien y provecho el cielo y la tierra, y cuanto en ellos se contiene, y te adornó con muchas gracias y dones; Él te trajo a la luz de la fe católica; Él te libró de las peligrosas olas del siglo, y te puso en el puesto y quietud de la vida religiosa; adonde como en un muy deleitoso paraíso de regalos espirituales tuvieses infinitas ocasiones de alegría santa y de hacer buenas obras. Con gran paciencia te ha sufrido, ofendiéndole tú, y te ha sacado de la boca del infierno. Por ti encarnó el Rey de los reyes, por ti se hizo tu hermano tu mismo Criador. Y no se contentó con nacer por ti, sino que también quiso padecer por ti: por ti se entristeció y angustió; por ti fué vendido y preso; por ti fué atado y maltratado; por ti fué escupido, y recibió pescozones y bofetadas; por ti fué escarnecido y ultrajado; por ti fué despedazado con azotes, y su cabeza atrave-

¹ Isai., 52.

sada con una corona de espinas; por ti sufrió que le diesen golpes con una caña, y que le fatigasen con el peso de la cruz; por ti fué clavado en ella con clavos de hierro, y quiso que le diesen vinagre a beber; por ti derramó su sangre sacrosanta y lloró; por ti murió y fué sepultado. Él mismo te hizo heredero del reino de los cielos; Él te ha prometido cosas que ni ojos las vieron, ni orejas las oyeron, ni el corazón humano las puede comprender.¹

“Y tú dejaste y despreciaste a quien te hizo tantos beneficios; desechaste el temor santo de Aquel que tanto te amó; sacudiste el suave yugo de Aquel que te escogió; te has hecho como una de las hijas de Belial², y has servido a los pecados sin respeto ninguno, como una ramera desvergonzada. Hiciste pacto con la muerte; y has trabado amistad con el demonio³; para cualquiera maldad has estado de continuo muy presta y haldas en cinta; amontonaste pecados a pecados; y siempre gustaste de añadir unas maldades a otras mayores. Otra vez crucificaste con tus pecados a Jesucristo, el cual te había escogido por esposa; y con ellos renovaste sus llagas.

“¿Quién te dará gemidos y suspiros? ¿Quién te dará fuente de lágrimas para que de día y de noche llores tu ingratitud?⁴ ¡Oh desventurada de ti! ¿Qué harás? ¡Oh si hubieras guardado la inocencia! ¡Oh si hubieras perseverado limpia! ¡Oh si no te hubieras afrentado miserablemente a ti misma! ¡Oh si no te hubieras apartado de tu Dios! Perdiste la inocencia, manchada estás, a ti misma te has infamado. Te has apartado de tu Dios. ¡Oh desventurada de ti! ¿y qué harás? ¿Á quien te acogerás? ¿De quién esperas socorro? ¿De quien sino del mismo a quién tienes ofendido? Piadosísimo es, benignísimo es, misericordiosísimo es. Humíllate, derribate, derrámate como agua en su presencia⁵; y Él usará contigo de su misericordia”.

¹ I Cor., 2.

² I Reg., 2.

³ Isai., 28.

⁴ Jerem., 7.

⁵ Trenn., 2.

Algunas veces volverá sus quejas y lamentos al Señor diciendo estas u otras palabras semejantes: “¡Ay de mí, Jesús mío! ¿Qué he hecho? ¿Cómo te he dejado? ¿Cómo te he despreciado? ¿Cómo he olvidado tu nombre? ¿Cómo deseché tu temor? ¿Cómo conculqué tu ley? ¿Cómo quebranté tus mandamientos? ¡Ay de mí, Dios mío! ¡Ay de mí criador mío! ¡Ay de mí, Salvador mío! ¡Ay de mí, vida mía, y todo mi bien!... ¡Ay miserable de mí, ay de mí, que pequé, que me he hecho semejante a los brutos! ¡Ah de mí que me hecho más sin razón que las bestias! ¡Oh buen Jesús! ¡Oh piadoso pastor! ¡Oh dulce maestro, ayúdame! Levanta a este caído, dale la mano a este que peligra: limpia a este sucio; sana a este llagado; esfuerza a este flaco; da salud a este desahuciado. Confieso que no merezco que me sufra la tierra, que no merezco ver la luz, que no merezco tu favor y gracia. Porque es muy grande mi ingratitud, grande y muy grande la torpeza de mis pecados; empero sin ninguna comparación es mayor tu misericordia. Pues, Dios mío, amante de los hombres, mi última esperanza, ten misericordia de mí, según tu gran misericordia ¹; y conforme a la multitud de tus misericordias, limpia mi maldad”.

A veces sin otra prevención sino a deshonor, hincando las rodillas en tierra delante de Dios, con ansias del corazón, podrá decirle: “Señor, si quieres, puedes limpiarme ²”; o aquello de la Cananea: “Hijo de David, ten misericordia de mí, pecador”; o también aquello: “Señor, ayúdame”. De la misma manera derramará su corazón delante de la Virgen María Madre de Dios, y de los santos y santas, pidiéndoles humildemente que sean sus abogados.

¹ Salmo 50.

² Matth., 8 - Lic., 18.

CAPÍTULO V

Doctrina acerca del examen y expiación de los pecados

1.- Examen diario de los pecados.- 2. Modo de ejercitarse en el deseo de la vida eterna.- 3. Cuanto tiempo debe pasar uno en purificarse del pecado.- 4. Tener en cuenta la capacidad de cada uno.- 5. Templanza en el fervor.- 6. Constancia y orden en los ejercicios.

1.- Si tienes lugar todos los días, o a lo menos muchas veces, se recogerá, y con humildad profunda y propósito firme de enmendarse, pensará los pecados de la vida pasada, y en particular los confesará delante de Dios: en especial aquellos con que más fea y gravemente ofendió a la divina bondad; y en los pecados carnales no se detenga indiscretamente; porque el acordarse de pecados viejos y revolverlos despacio, no sea de nuevo ocasión de algún deleite culpable.

En esta confesión, contricción y devoción sensible, acostúmbrese a llorar más el haber injuriado y sido ingrato a su Dios, Criador y Padre dulcísimo, que el haber merecido ¹ los tormentos eternos.

En los lamentos y quejas devotas que arriba pusimos, no mire en decir muchas sentencias; sino tome las que quisiere, y cuantas le dieren gusto, aunque no guarde orden. Muy bien obrará si escogiere una, dos o tres para repetirlas muchas veces dentro de sí, donde quiera que se hallare, y también acertará si quiere rumiar muchas de ellas.

Lo que nosotros queremos es que haya según la devoción que tuviere, y que en todas las cosas haya toda confusión y

¹ En esto tenemos solamente lo que se llama atrición y procede del temor servil; en esotro existe un dolor más excelente que se llama contricción procedente del temor filial (Sto. Tomás, 3 parte in Suplemento quaest., I, art. 3)

perplejidad. Yo conocí a uno que andando ocupado exteriormente, cuando acudía a la Pasión del Señor, entre otras castas razones se holgaba de rumiar estas pocas palabras, u otras semejantes: “¡Oh buen Jesús! ¡Oh piadoso pastor! ¡oh dulce maestro, buen Jesús, sé misericordioso conmigo; pastor piadoso, guíame; dulce maestro, enséñame; Señor mío, ayúdame!” Otro se deleitaba algunas veces en rumiar muchas, y otras menos, y explicar las mismas con palabras diferentes, siguiendo su devoción y afecto.

El novicio y principiante (como habemos dicho) ha de andar en todas estas cosas con libertad, el cual, si le da gusto, podrá mover su espíritu a compunción, y a que ande solícito en las cosas espirituales, con la meditación de la muerte, del purgatorio, del juicio, del infierno y de la patria celestial. Y cuanto más se acerca la meditación de estas cosas al temor filial y amor de Dios, tanto más agradable le es al Señor, y más eficaz para limpiar las almas; y al contrario, cuanto más se acerca la sobredicha meditación al temor villano y servil, tanto menos provecho se sacará de ella. Por el temor filial tememos pecar por no ofender a nuestro benignísimo Dios y Señor, y por no perder su gracia y familiar amor. Por el temor servil tememos hacer mal porque no nos castiguen y condenen. Con todo eso es bueno el abstenernos de los pecados, aunque sea por el temor servil; empero ha de ser de manera, que no nos quedemos en él, sino que pasemos al temor liberal y noble.¹

2.- Cuando meditare en la gloria celestial podrá rumiar entre sí estas u otras cosas semejantes: “¡Oh, cuán bienaventurada es aquella celestial Jerusalén, cuyas murallas son de piedras preciosísimas²; cuyas puertas resplandecen con perlas escogidísimas; cuyas plazas están cubiertas de oro purísimo; cuyos jardines, llenos de muy frescas flores, deleitan incomprensiblemente! Allí se oye sin cesar una voz de alegría; allí

¹ Esta graduación que se verifica en la justificación del pecador, la señala y explica el Concilio Tridentino, sesión 6a., cap. 6, y sesión 14, cap. 4, aduciendo el ejemplo de los Ninivitas, (Jonás, 3).

² Apoc., 21.

se canta sin fin un cantar de gozo; allí se renueva de continuo un regocijo que no se puede explicar con palabras; allí suenan siempre órganos de santos; allí sin faltar jamás echan de sí inefable olor el cinamomo y el bálsamo; allí hay una paz y descanso que excede a todo sentido; ¹ : allí hay una templanza y serenidad, que excede toda la capacidad humana; allí hay un día eterno, y es uno espíritu de todos; allí hay una seguridad cierta, y una eternidad segura; y un sosiego eterno, y una bienaventuranza, y un deleite suave; allí resplandecerán como el sol los justos en el reino de su padre.²

“¡Oh, cuánta ventura es hallarse entre los coros de los Ángeles, tener compañía perpetua con los Santos Patriarcas y Profetas, con los Santos Apóstoles y mártires, con los santos confesores y vírgenes, con la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios, no temer, no entristecerse, no angustiarse; no recibir pena ni desabrimiento, no padecer algún trabajo, embarazo, fastidio, ni necesidad!

“¡Oh, qué abundancia de consuelos! ¡oh, qué copia de regalos! ¡oh, qué sobra de gozos! ¡oh, qué abismo de purísimos deleites es ver aquella luz infinita, ver aquella luz sumamente amable, ver aquella inefable gloria de la Altísima Trinidad, ver al Dios de los dioses en Sión³ , y verle ya, no en sombras, sino cara a cara⁴ , y asimismo ver glorificada la humanidad del Hijo de Dios! Porque si tanto contento da ver el ornamento visible del cielo, ver la claridad resplandeciente de las estrellas, ver el lucídisimo resplandor del sol, y ver el clarísimo lustre de la luna, considerar la luz agradable del aire, contemplar la lindeza de las aves, flores, hierbas y colores, oir los cantos suaves de los ruiseñores, y gilgueritos, oir la dulce consonancia de la cítara y lira, gozar del sabroso olor de las rosas y azucenas, y de la excelentísima suavidad de las especies aromáticas y olorosas, y gustar del regalado

¹ Filip., 4

² Matt., 13.

³ Salmo 83

⁴ I Cor., 13.

sabor de frutas diferentes; y si tanta dulzura se siente de estas cosas, ¿qué río impetuoso de purísimo deleite será contemplar perfectamente aquella hermosura inmensa, gustar perfectamente aquella dulzura infinita, de donde procede y mana toda la hermosura y toda la dulzura de las cosas criadas?

“Sin duda que el tiempo de la primavera, cuando el cielo, la tierra, los árboles y todas las demás cosas están matizadas con una nueva gracia, y con un admirable ornamento, es un traslado y lindo dibujo de la felicidad eterna y de la resurrección que esperamos. Pero es mayor la diferencia que hay entre el dibujo y lo que por él se representa, que la que vemos entre las tinieblas de la oscura noche, y la claridad del sol al mediodía. Así que es bienaventurada, y otra vez bienaventurada aquella celestial Jerusalén; donde hay todo lo que puede agradar; y donde falta todo lo que puede dar disgusto; donde dichosamente es alabado el todopoderoso Dios en los siglos de los siglos”.

Ha de acostumbrarse a acudir muchas veces puramente a estos goces de la soberana ciudad, y a amarlos y desearlos, no tanto por su propio interés cuanto por gloria y honra de Dios. Aunque quien ha aprovechado ya en la vida espiritual, con más pureza se podrá ejercitar en semejante meditación de la vida eterna, que no el que apenas ha llegado a los principios de la mortificación interior, y que sabe buscarse aun más a sí que a Dios.

3.- El nuevo en estas cosas podrá ejercitarse en los sobredichos lamentos y quejas devotas, uno, tres o seis meses o un año entero, o más; quiero decir, que hasta que sienta que en alguna manera ha aprovechado interiormente en el desprecio del mundo y de sí mismo, y que tiene ya un deseo más encendido en la vida espiritual. Unos se convierten con más facilidad, otros con más pesadumbre; y algunos hay a quienes con particular favor ayuda el benignísimo Dios liberalísimamente, tanto que en un punto se renuevan y totalmente se mudan.

Asimismo podrá este principiante ocuparse a veces en otras oraciones, en dar gracias a Dios y en alabarlo; empero su singular y propia ocupación ha de ser en lágrimas discretas y en perseguir